

«Prefiero ser un enterrado vivo a un desterrado muerto». (José Bergamín.)

JUSTO a los dos años de la proclamación de la Segunda República, salía a la calle, en Madrid, una revista exquisita, católica y republicana: «Cruz y Raya». Debajo del título, en tipos alargados, podía leerse: «Revista de afirmación y negación», y, como únicos elementos gráficos, los signos del más y del menos. El director, José Bergamín, había encargado el diseño de la portada a Benjamín Palencia. En la presentación —encabezamiento de este primer número— los editores rechazaban una «aparente actitud mal llamada confesional de catolicismo en forma de exteriorización de un grupo de escritores católicos», y, por el contrario, reclamaban como propio el libre ejercicio de la crítica «sin mediatización que la desvirtúe».

Ante la aparición de la revista hubo algunas reservas, tanto por parte de ortodoxos republicanos como por parte de católicos ortodoxos. Sin embargo, a medida que el signo del más fue afirmando el republicanismo, los detractores de «Cruz y Raya» quedaron reducidos a los del lado católico.

A estas alturas «Cruz y Raya» aparece no sólo como una muestra de aquel periodismo de ensayo, que alcanzó antes de la guerra cotas tales como *La Revista de Occidente*, *España*, *La Gaceta Literaria*, *La Pluma*, *Leviatán*..., sino como la expresión óptima de un pensamiento agónico, entre el tradicionalismo español y las exigencias de una cultura «a la altura de las circunstancias», en una de las épocas más conflictivas de la historia de España.

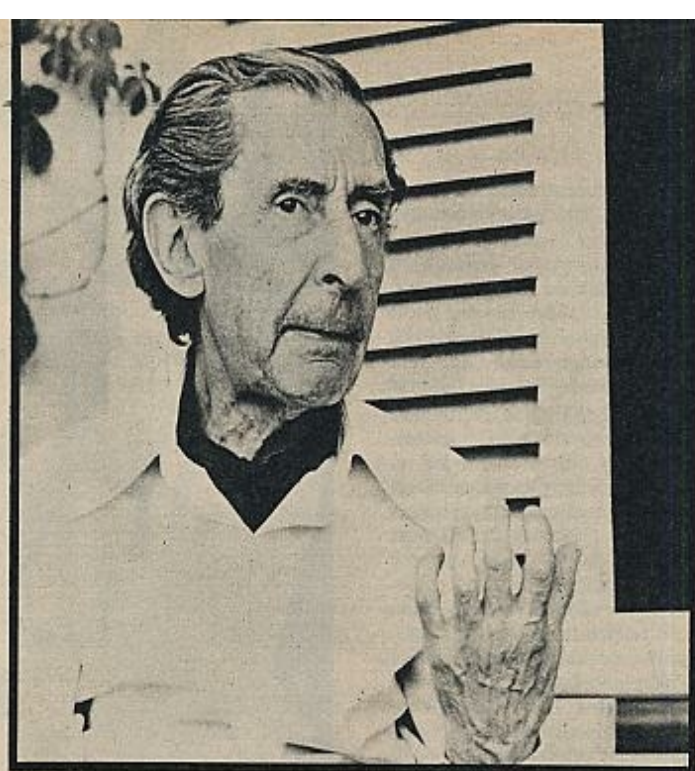
En breve, la editorial alemana Detlev Auvermann KG, que ha reeditado ya *Hora de España*, *Caballo Verde para la Poesía y Romance*, va a publicar en facsímil los treinta y nueve números de «Cruz y Raya», de abril de 1933 a junio de 1936. Y ya, en nuestro país, acaba de aparecer una selección de la colección, realizada y prologada por el propio Bergamín (1).

José Bergamín

El pisito de Bergamín está a media tarde ensimismado. «Cuando refresque, salimos a la terraza». Elige para sentarse una silla desplazada. Y queda como un pájaro. Atento, con los ojos en ascuas. Las manos, inquietas, sobre las rodillas. Es un arco su busto, del que puede dispararse en cada momento la flecha de una idea

ingeniosa. Hay en las paredes retratos suyos realizados por Jordi Maragall, por Benjamín Palencia, por Gaya. Sobre la mesa de trabajo, un esqueleto de plástico: «Ese soy yo, un poco más joven y más gordo». Juan Ramón Jiménez escribió sobre él hace cincuenta y un años, con motivo de la salida de su primer libro: «Qué largo y qué delgado, qué estirado se está poniendo José Bergamín». Ya no es tan alto, ni es estirado. Nos ofrece unos vinos blancos, muy olorosos, de Montilla, en cañitas estrechas. Reparo en unas reproducciones de unos Picassos y saco a colación la anécdota que cuenta José María Amado en «Litoral». Me la confirma, y aún añade un final: parece que Picasso pretendía colorear más vivamente el «Guernica», y Malraux no sabía cómo impedirlo. Recabó entonces la ayuda de Bergamín, que tenía una gran influencia sobre el pintor. Bergamín consiguió convencer a Picasso para que superpusiera papeles de colores a la pintura, de modo que ésta no se viera afectada. Así lo hizo Picasso. Luego fue despegando uno a uno los papeles hasta que únicamente quedaba una lágrima roja de papel. Por fin, también comprendió ésta y se la entregó, como recuerdo, a Bergamín. Y hace tan sólo un año, en una emisión sobre el pintor en la televisión francesa, Malraux le preguntó: «¿Qué has hecho con la lágrima?». «La he perdido», respondió Bergamín. «Pues todos los marchantes del mundo van a encontrar ahora esa lágrima de papel», dijo Malraux.

Esta tarde acompañan a Bergamín dos amigas. Una de ellas, francesa, le ha preguntado: «¿Y el Ateneo? ¿Qué importancia tuvo el Ateneo, don Pepe?». «Una gran importancia. Ahora ya no es Ateneo, es Atenea, (Palas Atenea). Como cuando escribe, también cuando habla, se lo juega todo en un quiebro, que diría Pedro Salinas. Bergamín trajo los aforismos y los epigramas, un lenguaje arriesgado y muy joven a nuestra literatura. La emparentaron con Unamuno. Tras el aire de juego y de broma, había una seriedad y una gravedad en sus escritos que le valieron el título de maestro. Bergamín se pone máscara para que se le reconozca mejor el rostro. Hace falta que se estudie suficientemente la obra de Bergamín. La edición reciente de «La claridad desierta», de Litoral, con juicios de Antonio Machado, Azorín, Unamuno, J. R. J., Corpus Barga, Alexandre, Landsberg, Malraux, J. M. Domenach... ilustra bien la



JOSE BERGAMIN

importancia de este escritor del año 27 y de 1974.

En este libro de poemas se nos confiesa «cansado de estar cansado»; sin embargo, apenas este sentimiento es perceptible en él, incluso ahora, cuando está ya a punto de pisar los ochenta. Y tiene razones Bergamín para estar cansado de tanto peregrinaje. Quizá el fuego de sus ojos sea, haya sido siempre, el de una larga, chispeante consunción. Hombre de letras, de modo absoluto, se ha consumido en la recreación del espíritu de nuestros clásicos, en la experimentación de unas contradicciones muy hispánicas, en el esfuerzo por sacar de nuestra tradición la palabra viva.

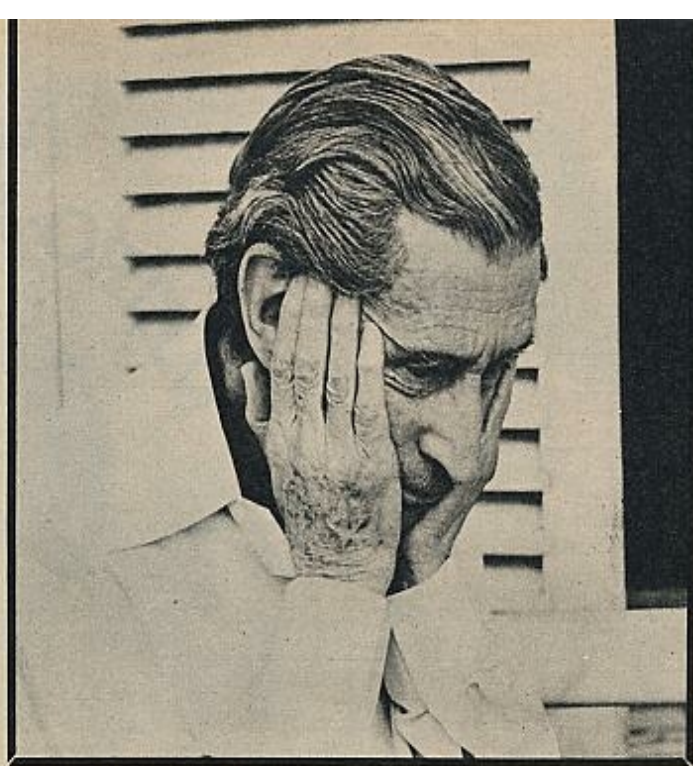
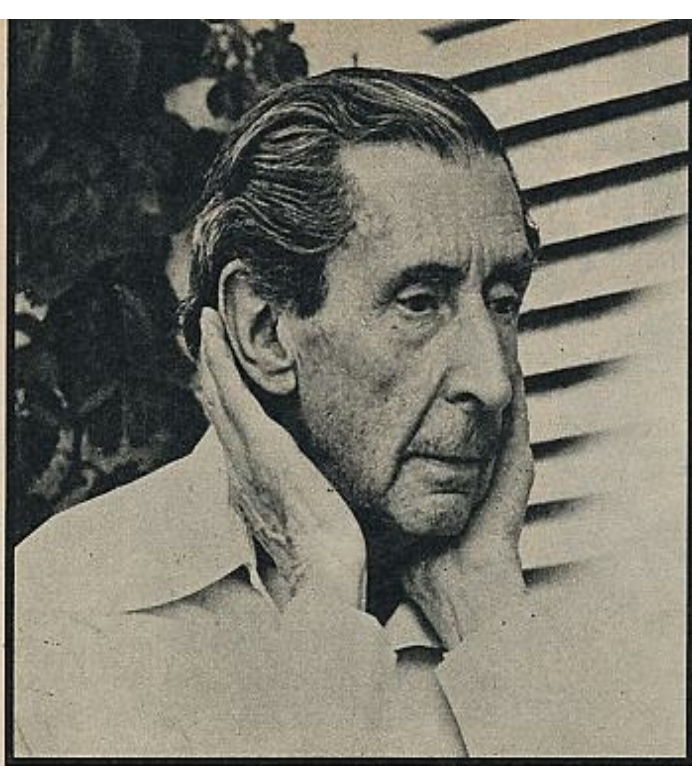
De familia andaluza, hijo de un abogado famoso y ministro de la monarquía, nació en Madrid. Después de estudiar Derecho comenzó a trabajar en el bufete de su padre, y luego, en la secretaría política de éste. Vive la amistad de los escritores del 27, y de Pérez de Ayala, y de Ramón Gómez de la Serna. Publica en el año 1923 su primer libro, «El cohete y la estrella». A éste seguirían muchos otros: ensayo, teatro, poesía. Citaré «El arte de birlibirloque», «Mangas y capirotes», «Disparadero español», «Enemigo que huye» (título que le sugirió Juan Ramón Jiménez). En 1928 casó con Rosario Arniches, de la que tuvo tres hijos. En 1933 funda y dirige «Cruz y Raya» y establece relaciones con escritores europeos: Maritain, Landsberg, Mounier, Elliot, Malraux, Max Jacob, Valery. Como

Picasso y Buñuel ha sido —es— comendador de las Artes y las Letras de Francia, que es algo así como la Legión de Honor para intelectuales, que creó De Gaulle. Durante la guerra civil colaboró en «Hora de España» y en «El mono azul». Ya en el exilio, en México, funda la editorial Séneca, y en Montevideo trabaja como profesor de literatura, después de breve estancia en Venezuela.

En 1954 se instala en París, para retornar a España cuatro años después. De nuevo es expulsado de nuestro país en 1963. Otra temporada en Montevideo, y ya fija definitivamente su residencia —oficial— en París. A partir del año 1970 puede volver a España, y aquí pasa la mayor parte del tiempo, en este pisito alquilado, donde al atardecer, en épocas como ésta, se puede ya abrir la puerta que da a la terraza.

La terraza de Bergamín despierta entusiasmos: a la izquierda, el lateral de la Opera; más allá, la Alameda («si no fuera por esas horribles torres»); enfrente, el espléndido palacio de Oriente, y a estas horas, ya morada, la lejana sierra. Las puntas de los chopos blancos y las copas de los castaños están casi al alcance de la mano. Abajo, el boj disciplinado geométricamente. Bergamín quiere regar sus rosales antes de empezar a hablar sobre «Cruz y Raya». De ningún modo me acepta el recurso del magnetófono. Me ofrece, a cambio, unos apuntes sobre la historia de la revista, «de los que usted puede sacar lo que le plazca, aparte de lo que ahora hablemos».

(1) «Cruz y Raya». Antología. Prólogo y selección de José Bergamín. Ediciones Turner. Madrid, 1974.



N Y SU «CRUZ Y RAYA»

César Alonso de los Ríos

«Cruz y Raya»

—Usted ha sido siempre un autor muy afortunado al titular sus libros. Con éste de «Cruz y Raya», ¿qué pretendía decir?

—Hacer «cruz y raya» de algo significa en dicho popular español romper para empezar de nuevo. Significa también una afirmación y una negación. También los signos matemáticos suponen una suma y una resta: un aumentar y un disminuir o quitar del todo. La revista, dije entonces en una presentación al público que hice desde la radio de Madrid, no quiere serlo «de poco más o menos», sino, por el contrario, de un más y de un menos significativos de su propio sí y no. Con el chistoso «poco más o menos» fui yo el primero en jugar, como una provocación y como un exorcismo, o como un espejuelo para que en él cayeran los tontos como alondras: alguno cayó.

—¿Qué pretendía «Cruz y Raya» al salir a la calle, y qué significado tuvieron sus treinta y nueve números en la vida cultural y política española, entre el año treinta y tres y el treinta y seis?

—En la primavera de mil novecientos treinta y tres, las ciudades y los campos de España tenían aire, acento, aspecto de juventud. Una viva inquietud, un desasosiego, que diríamos, esperanzado. La vida social y política española se ofrecía a los ojos violentamente sacudida por ese alentar de la esperanza. La vida pública en aquella fecha era, quiérase o no, republicana. El ám-

bito de lo español llevaba históricamente ese nombre. Dentro de ese ámbito combatían, luchaban (agonizaban diría Unamuno) fuerzas contrarias. En pro o en contra del ámbito mismo que las definía. No era una confusión caótica la de aquellos años de mil novecientos treinta y tres; sin embargo, era más bien ese agnizar afirmativo que decía Unamuno, aunque pareciese entre sus luces y sus sombras trágicamente crepuscular. «Cruz y Raya» nacía en aquella República, diríamos que de aquella República y hasta que para aquella República, identificándose con ella, con su íntima lucha o agonía. Por definición, «Cruz y Raya» se afirmó a sí misma como católica y republicana.

—¿De quién o quiénes partió la idea de la publicación, y cómo se realizó?

—Por entonces existía el problema de la enseñanza religiosa. Un grupo de católicos pensó en montar un colegio, en el que se resolviera el problema de la enseñanza religiosa de forma opcional. Este grupo estaba formado por Miguel Maura, Gregorio Marañón, Ruiz Senén y, en fin, por la mayor parte de los que luego aparecerían como fundadores de la revista (2). Decidieron com-

(2) Aparecieron bajo el epígrafe «la editan»: Miguel Artigas, Manuel Abril, José Bergamín, J. María Cossío, Manuel de Falla, Alonso G. Valdecasas, Emilio García Gómez, Antonio Garrigues, Carlos Jiménez Díaz, Antonio de Luna, Juana Lladó, Alfredo Mendizábal, Eusebio Ollvar, José María Pardo, José R. Manent, F. Romero Otazo, Eduardo Rodríguez, J. M. Semprún y Gurrea y Manuel Torres.

prar el colegio de los marianistas, pero al fracasar este proyecto, se pensó en dedicar el dinero que ya habían reunido a otra actividad. Me llamaron y me encargaron del montaje de una revista. ¿Quiénes fueron aquellas personalidades y de qué modo pertenecían o no a la afirmación y negación que la revista llevaba consigo? Basta ojear ésta para ver que en su primer año de publicación aparecen en la portada, bajo el epígrafe «la editan», los nombres de sus promotores y realizadores que así se responsabilizaban de serlo. Al segundo de estos tres años largos de su publicación, el epígrafe titular que señalaba a sus promotores y fundadores se sustituye por otro: «la fundaron», con el cual la responsabilidad de éstos desaparece por completo; por último, en su tercera etapa desaparecen del todo aquellos nombres. La responsabilidad de la revista la asumen enteramente su director y su secretario —de la revista— Eugenio Imaz. ¿Qué había sucedido? Diríamos que dentro de la revista, nada; fuera de la revista, todo. Sencillamente, la revista, por serlo viva, venía navegando por un mar tempestuoso, que terminó por destrozarla contra las rocas. Como a la República.

»La personalidad que tuvo «Cruz y Raya», que tiene a nuestros ojos al releerla, no es la de cada uno de sus realizadores y colaboradores, ni por separado, ni juntos, aunque se deba a ellos; ni muchísimo menos la de su director, como con mejor o peor intención han dicho algunos crí-

ticos. En «Cruz y Raya» colaboraron, dándole su valor y sentido, importantes personalidades de la cultura española. Y lo hicieron de diverso modo: dentro o fuera de la revista, fuera sumándose a ésta por sus publicaciones, tituladas «El Arbol». También en sus dos almanaques: «El Acabóse» y «El Aviso».

»Apenas se me confió la dirección, y con ella, su forma, pues la revista aún no existía, me encontré, por así decirlo, que tenía que concebirla, generarla, parirla o darla a luz y sustentarla o mantenerla. Acudí a mis «mayores y maestros». Y al primero a quien pedí consejo y ayuda fue a José Ortega y Gasset, que dirigía su «Revista de Occidente». Y le encontré tan generoso, que me añadió su propia colaboración personal para uno de los primeros números, colaboración extraordinariamente significativa, por serlo suya y por el contenido del texto elegido por él al dármele. Se trataba del ensayo «La verdad como coincidencia del hombre consigo mismo».

»El segundo de los «mayores y maestros» al que acudí fue a Manuel de Falla. Empezé por redactar conmigo el texto de presentación de la revista, revisándola y corrigiéndola minuciosamente, con la misma escrupulosidad que lo hacía con su música. Aparte de esa colaboración, me dio sus páginas mejores de crítica musical para conmemorar el cincuentenario de Wagner, lo que hizo venciendo su antipatía hacia el genio alemán.

»El tercero de los consultados



mañana mismo

○ la Metro - José Rodríguez, o la Metro - como - usted - se - llame.



¡Empiece la sensación del séptimo arte! ¡Comience lo que puede ser con el tiempo el mayor imperio del cine! SU PROPIA PRODUCCION. (Cómprase o hágase regalar una Motocámara EUMIG Mini.) Ruede Ud. mismo escenas de amor a lo Rodolfo Valentino y Pola Negri. (Cómprase o hágase regalar una motocámara Eumig Mini.)

¡Desafie el peligro y ruede en plena cabalgada, a lo John Ford en «La Diligencia»! (Cómprase



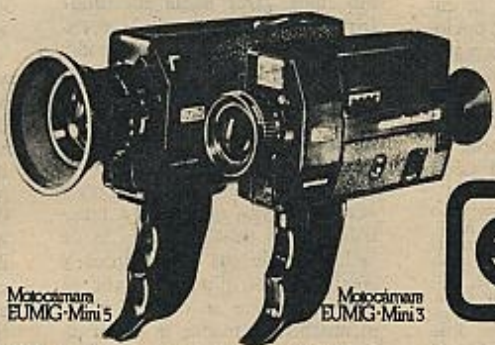
o hágase regalar una motocámara Eumig Mini.) ¡Atrévase con un genio interpretativo a lo Michael Piccoli!

(Cómprase o hágase regalar una motocámara Eumig Mini.)



Y es que si alguien le regala, o Ud. compra una Eumig Mini 3 o Eumig Mini 5, gozará de todas las ventajas de las cámaras grandes en una cámara auténticamente Mini, y podrá hacer todo lo que hemos dicho, más rodar bellos planos a su mujer, a sus hijos, a la tía María, y demás.

¡Gócela como nunca... haciendo cine!

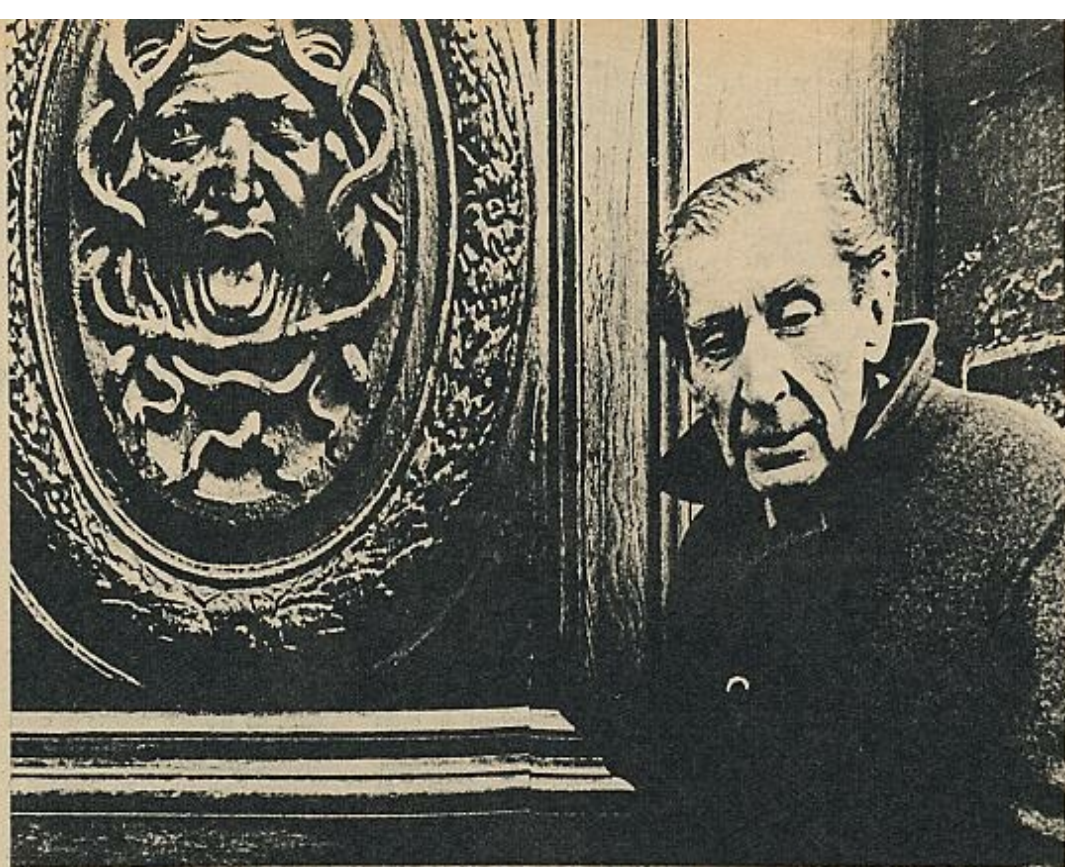


Motocámara EUMIG-Mini 5

Motocámara EUMIG-Mini 3

eumig®

“Para hacer grandes películas ya no se necesitan grandes cámaras”



Fotografía correspondiente al libro sobre Malraux (ed. Stock, París), en el que se dedican varias páginas a Bergamin.

fue —¿cómo no iba a serlo?— don Miguel de Unamuno, quien me ofreció su ayuda y colaboración fuera de la revista, porque él no creía que debía hacerlo dentro, no siendo católico. Primeramente me dio los nombres de algunos, muy pocos, religiosos, para que colaboraran en ella. «Es difícil encontrarlos», me decía. Después colaboró al fin él mismo con los estupendos sonetos que publiqué en «El Aviso». Unamuno venía frecuentemente por la revista. En cierta ocasión se tradujo a sí mismo del alemán —de un ensayo de Landsberg— para evitar-nos la tarea de tener que buscar sus textos.

»Y todavía hubo un cuarto: Antonio Machado, que no quiso, como Unamuno, darme colaboración para la revista por no ser católico, pero sí para sus publicaciones de «El Arbol». Lo mismo hizo Azorín, al que también pedí colaboración literaria. De Azorín se publicó un «Lope». De Antonio Machado iba a publicarse en libro su «Juan de Mairena», que todavía no había salido de las columnas del periódico. No dio tiempo a ello.

«Otros escritores republicanos muy amigos míos (Pedro Salinas, Américo Castro, Ramón Pérez de Ayala...) le fueron hostiles con amistosa hostilidad. Nunca Azaña. Recuerdo que un amigo suyo y mío me dijo una vez: «Si Azaña no fuera Azaña, sería el mejor colaborador de «Cruz y Raya». «No —le contesté—, sería su mejor director».

«Salta a la vista que con dos o tres excepciones (Falla, Manuel Abril, Alfredo Mendizábal), no fueron los fundadores los que dieron a «Cruz y Raya» su fisonomía. Se la dieron sus colaboradores: Javier Zubiri, Antonio Marichalar, José F. Montesinos, Eugenio Imaz, Dámaso Alonso, J. M. Cossío, Luis Cernuda, Manuel Abril, R. Gómez de la Serna... y los más jóvenes poetas, como Miguel Hernández, Muñoz Rojas, Vivanco, Rosales, Panero. Y no solamente los españoles; también los extranjeros: Landsberg, Maritain, Elliot, Max Jacob, Mounier... ¿Qué significa este hecho? Tal vez que «Cruz y Raya» correspondía, dentro como fuera de España, a una situación religiosa y política de desesperación esperanzadora.

«Cruz y Raya» ha sido criticada a veces por aristocrática y minoritaria, y en ocasiones se le ha acusado de haberse mantenido alejada de la realidad social y política española.

—Al repasar hoy con los ojos su presentación tan cuidadosa de

la forma y, sobre todo, de la calidad de sus contenidos, se le reprocha algo así como un esteticismo excluyente. Nada menos cierto. Se ha insistido demasiado en su buen gusto. Como si éste fuera un dandismo de elegancia intelectual. Olvidando que lo que hay de gusto en sus páginas es el que le da su voluntad de arraigo en la tierra española, en una realidad histórica de España que entonces afloraba a sus piel con sangre nueva. Se toma el rábano por las hojas, como suele decirse, o la máscara por el rostro, y entonces se critica a «Cruz y Raya» por lo que tuvo de mejor, su tomarle el gusto al tiempo pasajero, tratando de percibir en él un sabor de siglos. La expresión poética de ese «tomarle el gusto» a lo tradicional español no lo dan claramente sus almanaques, publicados entre los años treinta y tres y treinta y cuatro, y treinta y cuatro y treinta y cinco. El primero, como he dicho, se tituló «El Acabóse»; el segundo, «El Aviso». Muy diversos de forma y estilo, aparentemente caprichosos, ambos significan igual: lo que se sintetiza en el cruz y raya «para todos» que los subtítulo. «Para todos y para nadie», hubiera dicho Nietzsche. Aviso y escarmiento, acabóse y principio, fueron la razón de ser, que fue pasión de ser, de la revista misma. La continuidad de una vida y una cultura en su renovación permanente. «Una cultura —había escrito Goethe y por entonces repetía Malraux— no se hereda, se conquista».

JOSE BERGAMIN

«Respecto al reproche del apoliticismo ya hablamos antes de hasta qué punto la revista vivió un tiempo agónico español, y murió de esa agonía. El enfoque que debe hacerse para entender cabalmente hoy la revista debe serlo desde un punto de vista político, dándole a esta palabra su más claro y hondo y verídico valor y sentido. De aquí a deducir que fue ante todo una revista política no hay más que un paso. Estuvo al nivel de su tiempo, «a la altura de las circunstancias», diría Antonio Machado, y no por encima ni por debajo de ellas, ni mucho menos al margen, con una especie de neutralidad, como se ha dicho equivocadamente.

La publicación fue costeada por el financiero Ruiz Senén, tan entroncado en el mundo de los negocios españoles. ¿Condicionó de algún modo Ruiz Senén la línea de la revista?

—Nunca. La revista perdió siempre dinero, y lo pagaba, en efecto, Ruiz Senén. Pero hasta tal punto no intervenía en la marcha de la revista que se negaba a leer los artículos antes de que aparecieran publicados. Cuando, en alguna ocasión, quisieron influir sobre él gentes a quienes les molestaba la orientación de «Cruz y Raya», él respondía: «Yo soy el que menos manda en la revista, porque soy el que pongo el dinero».

—En el prólogo a la edición española, reseña usted dos estudios sobre «Cruz y Raya»: el de Benítez Claros, de mil novecientos cuarenta y siete, que le parece acer-

tado, y el de Jean Becarud, de mil novecientos sesenta y nueve, según usted, desenfocado. ¿Por qué le parece criticable el trabajo de Becarud?

—Sí. Jean Becarud desenfoca la situación española, la desconoce. Su manera de generalizar para luego aplicar esa generalización a una realidad, que ni siquiera es presente, es muy francesa. Por mucho talento que tenga un erudito francés, por muchas lecturas, no puede formarse un juicio cabal, y al querer explicar la revista por su tiempo y su circunstancia se equivoca. Y llega al extremo de que le reprocha a la revista que se separara del movimiento de la CEDA, es decir, que los católicos de «Cruz y Raya» se separaran de la CEDA, cuando ambas cosas no sólo no tuvieron que ver entre sí, sino que estuvieron enfrentados. Esto indica que ni conocía el significado de la CEDA, ni el de la revista. No es este el lugar adecuado para dilucidar aquellas circunstancias en las que nació y en las que murió «Cruz y Raya», pero sí de advertir a sus posibles lectores de las inútiles dificultades que pueden entorpecer su lectura, si se atienen a una crítica miope, que pretende interpretaciones históricas y hasta sociológicas, tan banales y superficiales como erróneas. Para entender lo que fue, lo que es la cosa en su lectura «Cruz y Raya», basta leer español, lo que no es tampoco fácil todavía para los españoles. ■ C. A. R. Fotos: M. ARROYO.